
Aportación Extranjera

La obra de Diego Rivera

JUSTINO FERNANDEZ

NACIO EN LA CIUDAD de México en 1904. Historiador y crítico de arte, se ha dedicado especialmente al estudio del arte mexicano. Director del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor, desde 1944, de historia del arte contemporáneo en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma Universidad. Doctor en filosofía. OBRAS: El arte moderno en México (1937), Orozco: forma e idea (1942), Prometeo (1945), Arte moderno y contemporáneo en México (1952), Coatlicue, estética del arte indígena antiguo (1954), Arte mexicano desde sus orígenes a nuestros días (1958). El retablo de los reyes (1960) y otros trabajos menores y numerosos artículos sobre arte mexicano. Realiza en 1952 un viaje de estudio a Europa. Ha dado conferencias en las universidades de Yale, Harvard, Chicago, Evans, Texas y La Habana.

SIN duda la distancia en el tiempo nos hace ver de nueva manera los acontecimientos y las cosas. La muerte de un artista renueva la visión de su obra. Así, apenas desaparecido el gran pintor mexicano Diego Rivera (1957) y ya nos parece otro, en cierto sentido, porque es inevitable hacer un balance de su vasta producción. Pero, ni es fácil, ni siquiera es posible lograr ese propósito en unas cuartillas, sin embargo, se puede intentar poner de relieve algo de lo más sobresaliente. Desde luego hay que advertir que sin duda su obra de muralista constituye lo verdaderamente importante, si bien sería incompleto dejar fuera su obra de pintura de caballete, pues en ésta se encuentran aspectos y creaciones que unifican su producción. Rivera expresó, con buen sentido, la histórica epopeya del pueblo mexicano en plan universal en sus obras murales y reservó toda la riqueza de nuestro folklore y su flora para sus obras de caballete, aspecto en el cual hay que considerar también algunos espléndidos retra-

tos y otras composiciones líricas. Gusten más o gusten menos sus obras; se esté en acuerdo o en desacuerdo con lo que ha expresado, es indudable que Rivera es un gran pintor de nuestro tiempo; podemos aceptar y estimar algunas obras suyas más que otras, se pueden dejar varias a un lado, sin comentario, pero no se puede negar que el arte del siglo XX no sería lo que es sin Diego Rivera. Su fama ha pasado allende nuestras fronteras. Dio buena guerra y tuvo desplantes geniales. En más de un modo era un artista cuyas dos cualidades más aparentes fueron su inteligencia y su sensualismo, que en su obra se manifestaron en las grandes composiciones y en su dibujo y colorido.

Su primera aportación original al arte del siglo XX es en el *cu-bismo*. Sus pinturas cubistas son de primer orden. ¡Con qué gusto se ven aquellos cuadros: *Hombre del cigarrillo*, *Joven con sweater*, *Retrato de un pintor* y *El despertador!*, todos de color restringido y refinado, que se reserva el artista hasta que explota en un *Paisaje de Mallorca*, que sin aviso podría tomarse por una visión del trópico mexicano; es una verdadera joya, de esta parte de la producción del pintor. Y después otros, en que Rivera introduce con originalidad en el *cu-bismo* objetos tales como un trozo de sarape de Saltillo, o un *equipal*. Estos mexicanismos vienen a tener una cumbre en *Paisaje Zapatista*. ¿Quién hubiera imaginado que un sombrero de charro, un mauser, unas cananas y un paisaje pudieran entrar en una composición cubista? El cuadro es original, grande, bien compuesto y de un color y texturas excelentes. Y la elegancia en líneas y colores, la sencillez clásica, tienen su mejor expresión en el *Retrato de un poeta*. La historia del *cu-bismo* no estará completa sin considerar a Rivera.

El impacto de Cezanne en nuestro pintor quedó patente en aquel cuadro excepcional *El matemático*. Un grupo de dibujos a lápiz de esa época ponen a Rivera a la altura de cualquier maestro de la historia, pero sobre todos, su *autorretrato*. Es el primer Rivera cabal y el que había de ser después en sus obras murales; línea, trazo y modelado tienen sabrosura, precisión y grandeza; es magistral.

Contra la opinión de algunos a mí nunca me ha dejado de gustar el primer mural que pintó Rivera en el *Anfiteatro Bolívar*. Su composición es algo así como la de una maquinaria de relojería en la que cada engrane supone a los demás y tiene figuras de una verdadera emoción, como aquella tan inspirada de *La Fe*, que difícilmen-

APORTACION EXTRANJERA

Se encontrará algo de esta altura en su propia obra posterior. En los murales de la Secretaría de Educación, además de los efectos de conjunto, hay trozos inolvidables, como *La muerte del peón*, que muestra hasta dónde puede llevar el drama un espíritu clasicista. *La repartición de tierras*, el *Mercado* y aquella composición del *Día de muertos*, donde el propio Rivera aparece entre la multitud, en los *bustos*; son otros tantos tableros jugosos y representativos. Después en la escalera, casi todo, pero; especialmente otro *Autorretrato* de primerísimo orden. Por último aquí, algunos tableros del piso superior, como aquel en que se empieza a cantar un corrido, que parece un Gauguin veinte años más moderno y muy Rivera.

Del Salón de Actos de Chapingo hay que hablar con el sombrero en la mano. Obra que por sí sola justificaría la fama de Rivera y de la pintura mexicana, contiene todo aquello de que el artista ha sido capaz. Su única rival en nuestro tiempo es la de Orozco en el Hospicio Cabañas y ambas han de compararse entre sí y con obras de ese nivel en Europa, que son pocas, y la de Rivera tiene lo suyo tan excelente como la que más. Todo allí es bueno, pero los desnudos femeninos hacía mucho tiempo en la historia que no alcanzaban tanto esplendor y grandiosidad. *La tierra dormida* quedará entre obras semejantes del pasado, aventajándolas, pues ¿dónde encontrar otra de esa monumentalidad, fino sensualismo, poesía y emoción auténtica? ¿Miguel Angel, Rubens? Esa sensualidad, ese amor por la carne es lo que con frecuencia ha salvado a Rivera de las fealdades intelectualistas; es su equilibrio genuino y un formidable medio expresivo; también aparece en aquellas manos monumentales. Chapingo es la obra maestra de Rivera.

Ahora recuerdo un gran cuadro: *Baile de Tehuantepec*, de rico colorido y luminoso, sensual, festivo y admirable.

Considerando el bien logrado conjunto de los murales de Cuernavaca casi todo es bueno o excelente. ¿Quién puede dejar de gustar aquellas imágenes de Morelos y Zapata, y aquel indio en piel de coyote con sus manos dibujadas magistralmente?

Los retratos ocupan un sitio importante en la obra de Rivera; uno finísimo es el de la señora *Burke Sherwin*, de admirable sencillez y unidad.

Los murales de Detroit constituyen otra obra maestra; allí está toda la visión poética de Rivera del mundo mecanicista; es él quien ha cantado a la máquina como nadie y ha sido capaz de imprimirle una sensualidad insospechada, y ya está bien sensualizar y hasta *sexualizar* aun las máquinas.

El mural del Palacio de Bellas Artes, obra bien característica, es excelente y tiene trozos que no podrían ser mejores, como las composiciones a ambos lados del hombre al centro. Otra obra magistral es la escalera del Palacio Nacional, no ya sólo por su concepción y ejecución sino por los trozos de pintura al fresco de calidad suprema: todo el muro del mundo indígena antiguo es poético y grandioso; aquellos campesinos —en el muro opuesto— que siegan la mies, uno de los fragmentos más emocionantes; los retratos en la parte baja; el primer mural de los corredores con la vista de Tenochtitlán; la imagen de Cortés, que es pintura de verdad, aunque no guste por la idea. De los murales del Reforma quizás sea el mejor el de *Agustín Lorenzo*, movido y teatral.

En ese tiempo Rivera alcanza uno de sus momentos más fecundos en su pintura de caballete: el admirable *Retrato de Lupe Marín*, de formas tan nobles que pocos de nuestro tiempo están a su altura; dos imágenes, o dos cuadros pequeños, que resumen cuanto ha pintado el artista con tema de niños; y dos cuadros formidables, *Bailarina en reposo* y *Danza de la tierra*, el primero sin paralelo, sensual, armonioso en todo, rico en matices, único, y el segundo también original, brutal y sin manierismos. Más tarde, una *Vendedora de flores*, decorativa y atrayente, de la cual pintó varias versiones.

El mural que pintó para el San Francisco Junior College tiene grandiosidad, que disminuye en los temas de la *predella*, pero la imagen central, medio *Coatlicue* y medio máquina, es emocionante. Los dos muros del *Instituto de Cardiología* deben contar entre las obras de importancia, sobre todo por sus composiciones y por la galería de retratos que contienen, algunos en la parte superior son de primer orden. Buena obra es también el mural del *Hotel del Prado*, en ella hay trozos de gran calidad, como el *pelado* que duerme y sueña, sentado en una banca de la Alameda.

Los autorretratos de Rivera abundan en su obra mural, mas ejecutó uno, sólo la cabeza, en ocasión de su exposición retrospectiva

APORTACION EXTRANJERA

(1949) en el Palacio de Bellas Artes (reproducido en *Time*), que por sí vale más que otros y que recuerda aquel autorretrato a lápiz (1918) ya mencionado; es de gran calidad y profundo.

En los murales para la *Caja de Agua en Dolores, D. F.*, reaparecieron unas manos monumentales y sensuales que daban gusto. Podrían agregarse otras obras, pero, a lo menos me han impresionado hasta conmoverme algunos retratos de los últimos años, primero, el de la señora Carrillo Flores, por sus formas grandiosas, su composición excelente, su preciosa naturaleza muerta en primer plano, por las grandes líneas y por su color; está en la tradición de la *Olimpia* y en verdad no deja de sorprender que, después de otros intereses, Rivera vuelva a ser el gran pintor, sin remilgos ni curiosidades, sino el Rivera grande y noble de formas, que es el que verdaderamente me emociona. Otro retrato de índole distinta es de un niño de doce años de edad, *Antonio del Pozo*, obra también de perfección y del Rivera que más me gusta, sugerente y magnífico. Los dos retratos mencionados, y algunos otros, fueron los últimos de importancia que pintó el artista.

No he pretendido sino evocar, de memoria, algunas de las obras del gran pintor que para mí no tienen discusión en cuanto a su originalidad y calidad suprema; no son todas, claro está, pero son más que suficientes. Espero no haber incurrido en el feo y novísimo pecado de explicar el arte, pero se puede hablar, explicar y contar mucho sobre el de Rivera, y no prometo dejar de pecar en el futuro.

Como en *El viejo y el mar*, Rivera nos trajo un pescado enorme, pero, a diferencia de aquél, éste no llegó en los huesos; algunos mordiscos le hemos dado los tiburones, pero quedó suficiente para que se mantengan varias generaciones en el futuro.

Por cuanto he mencionado solamente y por tanto más que se quedó *en el mar* y por muchos motivos, Rivera tiene un sitio de honor en la historia universal del arte.